En la profundidad de los sueños

Oí como mis padres se despertaban.

Afuera llovía y había llegado el momento, quisiese o no tendría que ir, porque sin duda era lo mejor para solucionar el problema, pero por otra parte no quería que mi vida diese ese gran giro, huir a otro país. Perdería a mis amigos, familiares, conocidos... . Y si nos quedáramos aquí pronto nuestras vidas correrían peligro ya que la guerra civil sin duda en poco tiempo estallaría. No había más que ver como la gente estaba nerviosa y revolucionada, preparando sin duda los equipajes para, al igual que nosotros salir del país.

Cerramos la casa y cargamos los equipajes, poco a poco nos fuimos distanciando de allí pensando que seguramente en mucho tiempo no podríamos volver a ver el lugar en que nuestras vidas habían transcurrido junto a nuestros seres queridos.

Pero esperen, antes de poder continuar con esta historia, han de saber que yo me llamo Greck y soy una chica griega de 15 años, que vivo con mi hermano Amdar y mis padres, Max y Sofía.

Estamos a mediados de noviembre de 1946, y aquí el frío ya se hace notar.

Legamos a la estación una hora después. Sentí como mis nervios aumentaban y sin duda, Amdar tenía miedo porque desde que habíamos salido sus ojos lagrimeaban constantemente.

Yo no sabía a dónde iríamos, ni si en lugar donde fuésemos podría volver a tener una vida normal; seguramente todos tendríamos esas dudas.

Cruzamos la abarrotada estación hasta un pequeño tren al que ya cargaban varias personas sus equipajes.

Vi que yo no era la única adolescente que salía del país en este tren, había varios chicos y chicas de mi edad más o menos, que al igual que yo no parecían estar muy contentos.

Ayude a mis padres a cargar el equipaje y entramos en el pequeño tren. Me senté junto a mi madre que parecía pensativa, y decidí preguntarle que adónde íbamos a ir. Ella algo aturdida me contesto que iríamos bastante lejos, en las costas de Albania.

Deduje que el viaje seria largo por lo que decidí dormir un poco, si es que podía...

Cuando desperté habían pasado ya algunas horas. Mis padres y Amdar parecían seguir durmiendo.

Me acerqué a un chico de los que había visto antes, me senté a su lado y le saludé, hablamos un rato, y me contó que el también salía del país por las mismas causas que yo, y que estaba algo asustado porque cuando llegasen no sabía que harían ni adonde irían.

Me despedí de él y me fui a sentar de nuevo con mi familia que ya se estaban despertando.

En ese momento oí decir por la radio que el conflicto iba a peor al no llegar a ningún acuerdo, asique la guerra no tardaría en empezar.

En el tren la temperatura parecía bajar desde hace tiempo y sentí algo de frio, aquí el invierno había llegado antes porque en montañas cercanas había nieve en las cumbres.

Pasado algo de tiempo, entro el revisor y dijo que en menos de 2 horas estaríamos en Tirana.

Casi sin darme cuenta ya habíamos llegado. Cogimos los equipajes y salimos del tren, para ver una modesta y silenciosa estación.

Por suerte mi madre sabia francés, asique no tuvimos problema alguno para comunicarnos.

Salimos a las puertas y nos sentamos a esperar, no sé porque.

Pasado un tiempo un coche azul paró junto a nosotros, y mi madre esbozó una sonrisa. Cuando el coche se detuvo fue a reunirse con la pareja que había salido de este.

Nos acercamos y nos presentó a Charlie y a Evans, dos grandes amigos antes de que se mudasen. El era alto y moreno, y ella de estatura normal y pelo rizado y rojizo.

Viajamos en su coche alrededor de 2 largas horas, en las que mi madre, Charlie y Evans hablaron de cómo los había ido la vida desde la última vez que se habían visto. Ya empezaba a anochecer.

Paramos en una casita desde la que se podía ver una puesta de sol en la playa, realmente aquello era bastante bonito.

La casa era de madera, con un verdoso jardín y un cobertizo bastante grande.

Evans dijo a mi madre que nos podríamos hospedar nosotros cuatro en el cobertizo, que era sencillo pero bastante acogedor. Tenía 2 camas anchas, unas mesillas, un armario, luz, y poco más, pero eran muy generosos al acogernos aquí.

También nos dijo que cuando organizásemos las maletas, fuésemos delante de la casa a cenar.

Ya había anochecido completamente, pero no refrescaba demasiado ya que al mar suavizaba las temperaturas.

Habían preparado un tipo de pescado muy rico que yo no pude reconocer y de postre unas frutas pequeñas y rojas.

Durante la cena yo me aburrí un poco ya que de francés no sé nada, no tardamos en irnos a dormir después de aquel agotador día.

Esa noche tampoco logre dormir demasiado.

Los primeros meses allí transcurrieron con normalidad, pero en Grecia la guerra había explotado dos semanas después de irnos del país. No dejaban de informar de los montones de muertos que estaba habiendo así que no deje de pensar en mis amigos pero sobre todo en mis abuelos.

La navidad fue muy melancólica, no podíamos pasarla con toda la familia, pero por lo menos nos teníamos los unos a los otros.

Unas semanas después informaron de que en Grecia la guerra se estaba empezando a disolver. Si seguía así pronto podríamos volver. Esta noticia me ilusionó mucho.

Ya era Marzo, y aquel sábado había amanecido bastante soleado.

Después de desayunar bajamos un poco a la playa, y aunque el agua estuviese frío, apetecía bañarse.

Mi madre dijo que le dolía un poco la cabeza y que iba a tumbarse a casa a ver si se la pasaba, nosotros seguimos bañándonos.

Cuando llegamos Sofía seguía durmiendo, y yo estuve ayudando a hacer la comida.

Como mamá tardaba en llegar fui a buscarla.

Me quede helada, cuando llegue estaba en el suelo, muy pálida. Enseguida llame a papa que vio que tenía pulso y solo se había desmallado, fuimos al médico.

Dijeron que a mi madre la pasaba algo en el cerebro, pero que no podían hacer nada, así que volvimos al cobertizo.

Durante las próximas tres semanas la salud de mi madre no dejaba de empeorar, hasta que un día no pudo aguantar más.

Ella se había vuelto a desmallar, pero esta vez no volvió a despertarse.

Yo sabía que esto al final iba a suceder, pero me impactó de tal manera que no pude reaccionar, y sin darme cuenta sentí como las lágrimas se deslizaban por mi cara, en aquel momento supe que no volvería a hablar con mi madre.

Su mirada estaba vacía, sus ojos vidriosos y su cuerpo inerte.

Papa y Amder también lloraban; Charlie y Evans al igual que yo no podían reaccionar.

Ahora todo estaba ya muy claro, volveríamos a Grecia para poder enterrar a mamá, estuviese el país estable o no.

Como imaginan no fue fácil llevarla hasta casa, pero pasados algunos días lo habíamos conseguido.

El barrio había cambiado mucho desde la última vez que le vi, estaba como triste, ya no estaban los alegres vecinos hablando, o los niños jugando por las calles.

El día del entierro tardo en llegar porque tuvimos que avisar a todos los familiares que pudieran asistir.

El cielo estaba nuboso y en el suelo algo de nieve todavía. Todos iban de negro y mucha gente lloraba. La misa no duró mucho, cuando terminó, nosotros tres nos quedamos allí, juntos y en silencio. Yo reflexioné sobre todo lo que nos estaba pasando y cuando papá y Amder se fueron decidí estar allí un poco más aun.

Me quedé dormida junto a la lapida, descansando por fin junto a mi madre, yo no había podido dormir desde hace tiempo.

La luz inundo mis ojos, yo aun tenia sueño, pero ya era la hora de ir al instituto. Mamá estaba esperando para que desayunásemos juntos.

Todo había sido un sueño, mejor dicho, una pesadilla.

The writer